

**ENCICLICA**  
**“AUGUSTISSIMAM BEATISSIMI APOSTOLI PAULI”<sup>(\*)</sup>**  
 (21-XII-1840)

SOBRE LA RESTAURACION DE LA BASILICA DE SAN PABLO  
 CARTA ENCICLICA A LOS VENERABLES HERMANOS PATRIARCAS,  
 PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS TODOS EN COMUNION  
 CON LA SEDE APOSTOLICA

**GREGORIO PP. XVI**

*Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica*

<sup>95</sup> **1. La Restauración de la Basílica de**  
<sup>I</sup> **San Pablo.** No creo que exista hombre  
 tan ignorante que desconozca y que  
 no se conduela profundamente ante la  
 noticia o espectáculo de la triste ruina  
 que ofrece la augustísima basílica del  
 apóstol PABLO, doctor de las gentes,  
 destruida súbitamente por un voraz  
 incendio, basílica construida por el  
 emperador CONSTANTINO, engrandecida  
 por TEODOSIO EL GRANDE, enriquecida  
 por el emperador HONORIO y restaura-  
 da continuamente por el celo y solici-  
 tud de los Romanos Pontífices, nues-  
<sup>95</sup> tros predecesores, con cuantiosos gas-  
<sup>II</sup> tos y embellecida con el más espléndi-  
 do culto.

**2. Esfuerzo de los Papas por la re-  
 construcción del Templo.** A la restau-  
 ración de ese grandioso templo ende-  
 rezó todos sus cuidados y desvelos  
 nuestro piadosísimo Predecesor de fe-  
 liz recordación LEÓN XII, quien encen-  
 dido en ardiente deseo de reedificar  
 aquel antiquísimo monumento, no re-  
 trocedió ante ningún gasto ni provi-  
 dencia necesaria, a fin de erigir nue-  
 vamente y embellecer con la mayor  
 magnificencia posible el monumento  
 más grande de la Religión católica,  
 volviéndolo a su antigua forma. Por  
 esta causa, con el intento de llevar a  
 feliz término obra tan importante, de-  
 terminó que se destinara cada año a  
 ella una gran suma de dinero del era-  
 rio pontificio, y esto a pesar de las

penurias económicas por que pasaba el  
 mismo. Pero como si se diese cuenta de  
 que empresa tan ingente necesitaba de  
 subsidios mucho más abundantes de  
 los que le podía propocionar el casi  
 exhausto erario pontificio, confiado en  
 la ayuda de Dios, no se desanimó;  
 antes bien dio comienzo a la obra  
 mientras escribía a todo el orbe cris-  
 tiano una carta encíclica, por la que  
 excitaba e inflamaba ardientemente  
 los ánimos de todos los fieles, para  
 que prestaran su concurso generoso a  
 tan magna obra. La voz del Padre  
 Santo no fue desoída y con el abun-  
 dante dinero recogido en todo el mun-  
 do cristiano y enviado a esta ciudad,  
 fue posible con la consiguiente alegría  
 de todos, continuar próspera y feliz-  
 mente, una obra empezada con tan  
 prometedores augurios, y continuada  
 por nuestro predecesor de feliz memo-  
 ria, Pío VIII, durante el breve lapso  
 de su Pontificado. Ahora bien, desde  
 que fuimos elevados a esta Cátedra de  
 PEDRO, no ciertamente por Nuestros  
 méritos, sino por un designio oculto  
 de la divina Providencia, en tiempos  
 tan erizados de dificultades y pertur-  
 baciones y enmedio de tan grandes y  
 gravísimos cuidados e inquietudes, que  
 nos ocupan y casi nos agobian, nada  
 podría ocurrir de mayor importancia,  
 nada más agradable ni apetecible, que  
 trabajar con todas las fuerzas para que  
 a la brevedad posible se construya y  
 se termine el magnífico templo dedica-

(\*) Acta Gregorii Pp. XVI, A. M. Bernasconi, III, 35-97. Traduc. especial para la 1ª edición.

do al Apóstol PABLO, a quién honramos con profunda veneración.

A este fin hemos procurado con especial celo y empeño, todos los auxilios del arte y de la industria, sin dejar nada por explorar ni intentar, para hacer llegar a su deseada coronación tan magnífica obra. Pese a los ingentes gastos que ha tenido que soportar el erario pontificio en estos tiempos, tantos que por poco se arruina, y pese a que los subsidios que la piedad de los fieles espontánea y generosamente enviaba para la restauración de la basílica ostiense, poco a poco han ido disminuyendo, sin embargo la construcción de la obra no sólo no ha sido paralizada, sino que con renovado y <sup>96</sup>confiado empeño ha sido acelerada de modo que con fundamento se puede esperar, que dentro de no muchos años podremos contemplar el insigne templo completamente terminado. Gracias a este esfuerzo, podremos, con inmensa alegría de nuestra alma, recorrer en las sagradas ceremonias el lado transversal del edificio tan artísticamente acabado y enriquecido, y consagrar con solemne rito junto con nuestros Venerables Hermanos los cardenales de la santa, romana Iglesia, el día 5 de octubre, el altar mayor, digno de toda veneración por contener el santísimo sepulcro de PABLO, librado y salvado milagrosamente del furor de las llamas, y ahora restaurado con exquisita diligencia.

**3. Pero la terminación de la ingente empresa requiere la contribución de los fieles.** Mientras comunicamos al orbe católico tan fausta nueva, nos alegramos y gozamos profundamente en el Señor. Sin embargo, aunque Nos hemos dedicado a procurar con particular esmero y diligente celo la terminación de las demás partes de la Basílica, aún falta mucho, para que se pueda acabar pronto tan espléndido templo.

Como las circunstancias son tales, que sólo es posible obtener medios pecuniarios de los erarios pontificios, y en consecuencia una obra empezada

con tanta celeridad, se vería en la necesidad de ser retardada sobremanera, es una obligación de nuestro cargo, que, siguiendo las pisadas de nuestros predecesores y emulando sus ejemplos, estimulemos la devoción y piedad de todos los fieles cristianos, para que se esfuercen en prestar toda su ayuda e industria a la obra de la conclusión de los trabajos de este nobilísimo y grandioso templo. Abrigamos la más firme esperanza de que todos, con ánimo decidido y generoso, con gran empeño y diligencia, querrán secundar esforzadamente nuestros deseos, tratándose principalmente de la glorificación del Apóstol PABLO, el Maestro de los gentiles, brillante lumbrera de la ley cristiana, profundo escrutador de los misterios de Dios, el cual, vestido aun de los mortales despojos, fue huésped bienaventurado del cielo, guió, ilustró, regó con su sangre y unificó a la Iglesia santa de Cristo por medio de sus sapientísimos y divinos escritos, y sus gloriosísimas hazañas. Nadie ignora, ni puede ignorar, cuántas amenazas, penas, infortunios, trabajos, tormentos, dolores, peligros, en mar y tierra, sobrellevó con ánimo invencible, arrostró y despreció, para confundir en todo el orbe con su predicación celestial a la sinagoga, para cubrir de turbación a la filosofía pagana, para destronar de su solio a la idolatría, y a todas las gentes, y a todos los pueblos y naciones, disipada la sombra de sus errores, y abjurada la superstición pagana, convertirlos a Cristo, imbuirlos en los preceptos de la ley divina, enseñarles y enderezarles por el camino de la salvación y el sendero del cielo. ¿Quién no se sentirá vivamente impulsado a trabajar con todas sus fuerzas en el embellecimiento de su sepulcro, trofeo de victoria, pensando y recordando estas cosas? ¿Quién no experimentará un ardiente deseo de ver enoblecido con su ayuda el templo de PABLO, a quien sabe y siente que debe honrar y venerar como a maestro y padre? ¿Quién no procurará con incansable solicitud, contribuir gene-

rosamente al embellecimiento, con todo ornato y culto, de esta basílica en que se veneran con suma devoción, las cenizas de aquel cuerpo, que al decir de SAN CRISÓSTOMO, *completaba lo que faltaba a Cristo, llevaba sus llagas, esparcía por doquier su predicción; las cenizas de ese cuerpo por medio del cual hablaba Cristo y resplandecía su luz con un resplandor superior a todo brillo, y su voz resonaba más terrible que el trueno para los demonios, por el cual conocimos a Pablo y al Señor de Pablo?* <sup>(1)</sup>

**4. Más que un deber es un honor contribuir a la glorificación del apóstol.** Ojalá, Venerables Hermanos, que esa exuberancia de ingenio, esa increíble y casi divina abundancia y riqueza con que se expresó y escribió sobre SAN PABLO, el sobre toda ponderación elocuentísimo CRISÓSTOMO se transmitiera a Nosotros, y pudiéramos atraer vuestros ánimos y corazones a manifestar con toda clase de ayuda vuestra devoción al Apóstol. También vosotros, Venerables Hermanos, según la medida de vuestra eximia devoción y egregia piedad hacia PABLO, con cuya doctrina os habéis alimentado, haced cuanto esté de vuestra parte por impulsar más y más a los pueblos confiados a vuestra fe y desvelos, para que ellos, honrando al Apóstol PABLO con un obsequio digno de él, tenga a gran gloria enviar sus aportes para dar cima a la obra de su templo. Hacedles ver claramente, que harán algo muy agradable a los ojos de Dios si contribuyen con sus medios y facultades a promover el embellecimiento de su casa. Pues, aunque El, creador de cielo y tierra y Señor de ella, en nada necesita de nuestro auxilio, sin embargo es tan bondadoso y misericordioso, que no sólo nos pide nuestra cooperación para la edificación en nombre suyo de su casa coronando con el éxito nuestros esfuerzos, sino que se alegra y regocija de que le tributemos semejante homenaje. Cuando Dios mandó a MOISÉS que construyese el tabernáculo de materiales preciosísimos, que erigiese un altar,

que aprestase las vestimentas, fundiese los vasos, ciertamente ordenó también que todo el pueblo de Israel diese de su dinero, y, al recibirlo dijo: *Lo que ha sido ofrecido por los hijos de Israel lo dispondrás para uso del Tabernáculo del Testimonio, para que sirva de testimonio de ellos ante Dios, y así Dios es apiado de sus almas* <sup>(2)</sup>.

¿Quién pues, no se sentirá ardientemente incitado, con tan insigne y salvadora promesa del mismo Señor, a ofrecer su contribución según la medida de sus posibilidades a la obra de Dios, para que *le sirva de monumento ante el Señor, y de propiciación por su alma?* Inmenso fue, por cierto, el gozo de aquel santísimo conductor del pueblo israelítico, cuando oyó a los encargados de las obras, que *el pueblo había ofrecido más de lo que se requería*, y se vio obligado a prohibir al pueblo continuar aún ofreciendo sus dones, pues *bastaba y sobraba con lo que ya habían ofrecido*.

97  
I

Quiera el clementísimo Dios cumplir de esta manera nuestros deseos para que podamos restablecer y poner fin con el auxilio piadoso y abundante de los fieles a este celeberrimo edificio. ¡Cuán grandes gracias no le tendría reservadas el mismo Apóstol PABLO, por su parte, a aquellos que se dedicasen con todo celo a la magnífica restauración de la basílica, levantada en su honor, y completamente destruida por el siniestro, devolviéndole su antigua majestad! Ciertamente nosotros, Venerables Hermanos, confiamos firmemente en aquel Señor que es rico en misericordia, en que todos los fieles cristianos de cualquier clase y condición que sean, movidos por la gloria de Dios, la honra del Apóstol PABLO, y vuestras exhortaciones, y a la vez animados por el magnífico edificio ya en gran parte construido, contribuirán con tal copia de oro y plata, que resulte bastante para dar término a ese nobilísimo edificio.

**5. Conclusión. - Confianza en vuestra generosidad.** Vosotros os preocuparéis, Venerables Hermanos, de jun-

(1) S. Juan Crisóstomo, Homilía 32 in Epist. ad Romanos nr 3 [tomo 9] (Migne PG 60 col. 678-679).

(2) Exod. 30, 16.

tar el dinero ofrecido por los fieles, y enviarlo a Nos, y enriquecer con todo celo y empeño, el santísimo sepulcro del Apóstol PABLO, tan celebrado siempre por la veneración universal de todo el orbe católico, y por el constante concurso de los fieles, para que sostenidos más y más por el patrocinio del Apóstol, más fácilmente podáis en estos calamitosos tiempos, apartar a las ovejas a vosotros encomendadas, de los pastos venenosos, conducir las al

camino de la salvación, regirlas y defenderlas. Confiado en esta esperanza, pidiendo al Padre de toda misericordia y Dios de toda consolación vuestra dicha y felicidad, os impartimos nuestra Apostólica Bendición a vosotros y a la grey confiada a vuestra solicitud.

Dada en Roma, en San Pedro el día 21 de Diciembre de 1840, décimo de nuestro Pontificado.

GREGORIO PAPA XVI.

---

NOTAS, que corresponden al texto de la siguiente Encíclica, en la página 73.

(18) Pío VI, Const. *Autorem Fidei*, 20-VIII-1794, condenación de las proposiciones del pseudo-sinodo de Pistoya nr. 67 (texto en: *Codicis Iur. Can.* Fontes, Card. Gasparri, Roma 1928, t. II, pág. 68).

(19) En primer lugar, Carta de la S. Congr. de la Propaganda de la Fe, 3-VIII-1816 a los Vicarios Apost. de Persia, Armenia y otras regiones orientales; Decreto editado por la S. Congr. del Indice, 23-VI-1817, acerca de todas estas versiones. — En este Decreto general se prohibió la obra cuyo título es *"Historia sucinta de los trabajos de la Compañía Británica y Extranjera con el Indice de materias concernientes a ella: El que es de Dios, escucha la voz de Dios"* (Juan 7, 12), Edit. Agnello Nobile, Nápoles, C. Sta. Brigida 27, 1817; en el mismo Decreto, 23-VI-1817, también todas las versiones en cualquier lengua vulgar, a no ser que fueren aprobadas o por la Sede Apostólica, o editadas con notas tomadas de los Padres de la Iglesia o de autores doctos y católicos, conforme a los decretos de la S. Congreg. del Indice, del 7-VI-1757". Dado en Roma, el 12 de julio de 1817.

(20) Pío VII, Carta del 1-VI-1816.

(21) Pío VII, Carta del 4-IX-1816.

(22) León XII, Encicl. *Ubi primum*, 5-V-1824 (Ver Bullar. Rom. Cont., tomo 16, pág. 45-49).

(23) Estas reglas están en el aviso añadido al decreto de la S. Congr. del Indice del 7-I-1836, que añadimos aquí: "Por cuanto llegaron noticias a la S. Congr. en el sentido de que en algunos lugares se editan en lengua vulgar los sagrados libros de la Biblia, sin que se observen las leyes saludabilísimas que al respecto están en vigencia; por cuanto, además, ha de temerse que exista una conspiración de hombres perversos, especialmente en estos tiempos, de sugerir maliciosamente errores encubiertos por el manto de la divina Palabra, la S. Congreg. juzgó oportuno volver a recordarles a todos lo que en otros tiempos se decretó, o sea, que las versiones en lengua vulgar no deben permitirse, a no ser que fuesen aprobadas por la Sede Apostólica o editadas con anotaciones, sacadas de los Santos Padres de la Iglesia o de varones doctos y católicos (del Decreto de la Sgda. Congreg. del Indice, 17-VI-1757, en el Apéndice a las reglas del Indice), debiendo, sobre todo insistirse en lo que por la regla cuarta del Indice y, después, por mandato de Clemente VII fue establecido al respecto.